

Las tentaciones del militar

Teniente general Manuel Gutiérrez Mellado

[Transcripción del artículo publicado en la revista *Cuenta y Razón*, n.º 8 (1982), págs. 91-96]

PALABRAS CLAVE: Acción social; Administración militar; Armamento; Conflictividad militar; Defensa; Enseñanza militar; Fuerzas armadas; Fuerzas de seguridad; Legislación militar; Manuel Gutiérrez Mellado; Política de defensa; Presupuesto de defensa; Reclutamiento militar; Reforma militar; Transición española.

Introducción

El encontrarme en situación de reserva, a la que pasé voluntariamente cuando fui nombrado ministro de Defensa en 1977, me permite enfocar ciertos aspectos de la profesión —militar de carrera— con una gran objetividad. Pasar a aquella situación se debió principalmente a dos importantes razones.

La primera fue asegurar que mis posibles errores en la labor de gobierno repercutieran lo menos posible en el prestigio del Ejército como colectivo, cargando aquéllos exclusivamente a mi responsabilidad personal. Eso sí, no quise dejar de pertenecer al Ejército, cosa que hubiera sido fácil acogéndome a la «situación especial» prevista para cuando los oficiales generales, bien por razones políticas u otras, deseaban quedar desahogados, es decir, quedar en una situación análoga a la de «retirados», que es la que comprende a los jefes, oficiales y suboficiales cuando cesan en la de «actividad».

La segunda fue dar testimonio público de mi renuncia irreversible a desempeñar ningún nuevo cargo en la carrera de las armas que me hubiera podido ser otorgado en los cinco años que me quedaban hasta el pase normal, por edad, a la situación de reserva entonces vigente.

Decisión que fue comprendida por muchos y tergiversada maliciosamente —como tantas otras— por algunos.

Alejado, pues, de los problemas de cada día y sin intervención alguna en la vida oficial, me ha surgido una pregunta que siempre nos recordaba un gran profesor de la Escuela de Estado Mayor cuando debíamos estudiar un tema, quien, aparte de táctica, tuvo el

mérito de enseñarnos a discurrir mejor. La pregunta que nos recomendaba era: «¿De qué se trata?».

Se trata de atreverme a abordar un tema y verter en unas líneas algunos criterios personales sobre el mismo. Lo titulo «Las tentaciones del militar de carrera», y quisiera dedicar estas ideas a una comunidad muy querida para mí: a mis compañeros de armas de los países hermanos, a los que nos orgullecemos de esa palabra tan hermosa: «Hispanoamérica»; porque mirando la historia de siempre, yo como militar me siento uno más, al menos de corazón, de los militares hispanoamericanos.

Sólo aspiro a que si alguien lee lo que ahora escribo medite sobre ello y luego saque las consecuencias que juzgue oportunas.

Antes de seguir quiero sentar unas premisas que considero absolutamente ciertas.

La intensidad de cualquier tentación de las Fuerzas Armadas es función directa de la situación de la sociedad en su sentido más amplio (diferentes estamentos, problemas graves que le afectan, circunstancias socioeconómicas y políticas, nivel cultural, situación religiosa, amenazas exteriores e interiores, prestigio en el exterior y un largo etcétera...).

Cuando en un punto fundamental la sociedad falla gravemente, de forma automática la tentación surge. Unas veces se queda «in mente», otras se cede a aquélla. Por ello es preciso que la sociedad evite a toda costa aquellos fallos.

Otra importante premisa, que la experiencia viene confirmando, es que la tentación objetiva en cuanto es vislumbrada por algunas gentes ajenas a la milicia es inmediatamente desorbitada y explotada y puede dar lugar a una grave manipulación de la que no se dan cuenta la mayoría de las veces los que la sufren. Tenemos, pues, que rechazar dicha manipulación y que en el fondo persigue fines completamente ajenos al bien de los Ejércitos y, por tanto, de la Patria.

Para dar mayor claridad voy a tratar de enfocar el tema desde diferentes puntos de vista: sociológico, profesional y político.

Punto de vista sociológico

Ni en paz, y mucho menos en guerra, unas Fuerzas Armadas podrán cumplir su trascendental misión si no están integradas y cuentan, por tanto, con el apoyo de la sociedad, de la opinión pública.

Las tremendas crisis que pueden producirse no podrán ser superadas y, por tanto, traerán consigo el fracaso o la derrota si los Ejércitos no cuentan no sólo con el apoyo, sino con el entusiasmo de la nación entera.

Fracasos ejemplares por no haberlo logrado figuran en la historia, incluso algunos bien recientes. Rechacemos tajantemente las falsas propagandas, los alardes patrioteros, los argumentos capciosos o interesados de algunos, dirigentes o no. Si la derrota llega, la mayoría de las veces se intentará echar la culpa a los militares. Es suicida ir al conflicto armado si el pueblo no vibra de arriba abajo.

Muchas veces al contemplar como colectivo problemas graves —el más grave es el combate— nos olvidamos de un protagonista muy importante. Caemos en el vicio funesto de creer que los Ejércitos son sólo sus cuadros de mando, quizá decisivos; pero solamente se tendrá éxito cuando «la tropa», en el sentido más noble de la palabra, responda a los más altos niveles de eficacia, preparación, moral, disciplina y compenetración completa con aquellos mandos. Si no puede ganarse una guerra sin el tremendo empuje del aliento popular, tampoco puede lograrse la victoria si nuestros soldados no tienen un ardiente afán de lograrla, un claro convencimiento de por qué luchan y que la Patria —con plena razón— lo exige. Y en la difícil batalla de la paz, en la de todos los días, al enfocar nuestros problemas, al meditar sobre nuestras preocupaciones, no olvidemos a nuestros soldados, que también piensan, sienten y padecen y que quizá tienen otros puntos de vista que difieren de los que presiden nuestros razonamientos, sin que ello suponga que no confíen, admiren y esperen —sobre todo en momentos decisivos— en los que les encuadran, les instruyen y les mandan.

Yo estoy orgulloso del soldado de raíz hispánica, de sus cualidades y hasta de sus posibles defectos. Su valor, su disciplina —si se le trata bien—, su iniciativa, su sobriedad, su entrega cuando confía en sus jefes, su tenacidad y moral como combatiente son cualidades que debemos cuidar y fomentar.

No podemos olvidar, además, que el soldado actual no sólo ha mejorado sus cualidades físicas, sino su preparación intelectual, política y cultural.

En nada se parece, pues, a aquellos reclutas que llegaban a las unidades hace decenas de años.

Dicen que Clausewitz se desesperaba en su lucha contra su gran enemigo, Napoleón, cuando los inmovilistas generales prusianos se aferraban a viejas tácticas que la cruel

realidad de las derrotas demostraba que eran caducas e inservibles. No querían abandonar el empleo en la batalla de grandes masas de soldados —casi autómatas— cuyo despliegue antes de la batalla, como una apertura en el ajedrez, suponía la derrota antes de que la batalla comenzara si estaba mal planteado. Pero, además, los enemigos de toda evolución alegaban que si se admitían nuevos métodos de lucha en los que el soldado podría ejercer la iniciativa se corría el grave peligro de que, posteriormente, el soldado pudiera discurrir por su cuenta, incluso en la paz.

El combate moderno, la abundancia y sofisticación de los sistemas de armas exigen imperiosamente una preparación, una cultura y una iniciativa cada vez mayores en los cuadros de mando intermedios (suboficiales), en los especialistas y en el simple soldado raso. Y no tengamos miedo de que aprendan a pensar y a discurrir por su cuenta, dentro, claro es, de la mas estricta disciplina y subordinación para el cumplimiento de las órdenes emanadas de sus mandos naturales.

En otro orden de cosas, dentro del enfoque psicológico, quiero llamar la atención sobre la vida de guarnición, que encierra grave peligros si se reduce a tener que gastar unas horas de permanencia en los cuarteles realizando diferentes servicios de rutina. La profesión pasa a ser una obligación molesta que permite obtener unos emolumentos mínimos, pero que si son francamente insuficientes son origen de un gran peligro: «el pluriempleo». Si se consiente esta lacra, la moral y la efectividad operativa puede alcanzar unos mínimos verdaderamente peligrosos. Hay que evitar que los escalafones primen sobre las necesidades. Las vacantes deben ser las estrictamente necesarias, y no ser creadas artificialmente para que no se estanquen las escalas.

La existencia de unidades «incompletas» que no disponen del material y armamento modernos que les corresponden, como tampoco de los mandos y tropas indispensables, constituye un grave error. Todo jefe u oficial que no esté convencido de que su Regimiento, Brigada o División es uno de los mejores, si no el mejor, de su Ejército, corre el grave peligro de resignarse a ser un simple burócrata. Puede admitir dificultades económicas, puede sufrir una vida dura, servicios exigentes que supongan sacrificio y riesgo, pero no puede aceptar el convencimiento de que su unidad no puede instruirse «por que supone mucho gasto», ni tampoco comprobar que su capacidad operativa está bajo el nivel mínimo indispensable.

En cuanto al soldado, acepta la instrucción por dura que sea, los servicios agobiantes, los riesgos, pero lo que verdaderamente le irrita y desmoraliza es creer que está perdiendo el tiempo en el cuartel.

Suprímense las unidades y destinos que no tienen razón de ser; pero las que queden es preciso que estén al completo, bien dotadas y cumpliendo un plan de instrucción coherente y todo lo exigente que sea necesario. En las maniobras de grandes unidades no debe aceptarse rutinariamente que «se alcanzaron los objetivos previstos», antes bien, deben ser exámenes prácticos decisivos para la calificación y selección de los diferentes mandos.

Respecto del aislamiento del colectivo militar deseo reafirmar la necesidad de que no nos convirtamos en una costra del cuerpo social, ajena, por tanto, al menos en parte, al sentir y vivir de aquél. Debemos compartir la travesía de la nación, como ciudadanos cualquiera, como tripulantes del mismo barco, aunque con la misión peculiar que corresponde a nuestra profesión.

Bien es verdad que todos los que elegimos la carrera de las armas somos conscientes que entre las enormes satisfacciones que logramos como premio a nuestra vocación —sin ella la profesión sería inaguantable— no debe figurar la de hacer fortuna.

Las dificultades económicas que generalmente presiden nuestra vida familiar exigen una serie de apoyos que mitiguen aquéllas. Tales son: la sanidad, las viviendas, las pensiones a los retirados, viudas y huérfanos, las residencias y los centros de vida social, y si bien son necesarios, hay que tratar que no incidan peligrosamente en el temido aislamiento.

Ciertos países ricos han caído en la tentación de agrupar en grandes «bases» no sólo las unidades y sus campos de instrucción y maniobras, lo que es muy beneficioso, sino también las viviendas, los cines y lugares de esparcimiento, como clubs deportivos o sociales. Esto puede producir que la «sociedad militar» llegue a vivir aislada y al margen de los demás ciudadanos cuando, al contrario, cada vez es más necesario no una yuxtaposición, sino una integración verdadera en ideales, en objetivos, en cultura e intercambio mutuo y admiración recíproca entre las Fuerzas Armadas y el pueblo de donde salen y al que sirven.

El enfoque profesional

Los que la vocación nos captó para siempre desde que nos pusimos el primer uniforme de cadete y seguimos pensando que si volviéramos a nacer volveríamos a ser militares, es evidente que estamos orgullosos de nuestra profesión. Nuestras tradiciones, nuestras costumbres en el servicio, los emblemas particulares de cada Ejército, de cada gran

unidad o de nuestro Regimiento forman parte de una liturgia que debemos cuidar y conservar a lo largo de los tiempos y conseguir al mismo tiempo la admiración y respeto de los demás ciudadanos hacia ellos.

También es bueno que con nuestro ejemplo, con nuestro trabajo y dedicación al servicio, proyectemos hacia el resto de la sociedad nuestra «mentalidad militar» con lo que conlleva de ejemplar y noble la misma. Tales son los conceptos de organización, de mando jerarquizado, de virtudes morales, de sacrificio y de entrega. Incluso admitiendo que podamos llegar a ser espejo en el que puedan mirarse con orgullo nuestros compatriotas, nuestra «mentalidad militar» no debe ser excluyente o despectiva para los demás; antes bien, humildemente, ansiosa de asimilar y enriquecer nuestro planteamiento y nuestra acción, con la realidad viva y ejemplar que constituyen otros muchos estamentos de la sociedad.

En una reciente visita a una nación muy poderosa tuve la ocasión de hablar con unos cadetes en plena ilusión por su carrera que me confesaban, inocentemente, su satisfacción porque sus conciudadanos habían superado una cierta desconfianza y desapego hacia sus Fuerzas Armadas que éstas sufrieron hace unos años cuando prácticamente, por primera vez en su historia, luchaban en una guerra que no acababa nunca y que casi terminó en derrota.

Pero, como todo en esta vida, huyamos de un corporativismo exagerado que además puede ser el primer paso para convertirse en un militarismo vigilante o, lo que aún peor, en un pretorianismo que a larga lleve a la nación a su ruina.

Nuestra preparación para el combate ha de ser, como en tantas otras profesiones, constante, adaptándonos continuamente a la evolución —meteórica en nuestros tiempos— de las nuevas tácticas y de los modernos sistemas de armas.

En la lucha intervienen fuerzas morales y materiales. Si no hay el equilibrio debido entre ambas fallaremos a la hora de la verdad.

Huyamos de aquellos mandos que sólo confían en el valor. Después de un interesante curso sobre *management*, al comentar sus resultados con un brillante jefe, coincidió en mis conclusiones, pero me advertía que sólo con una labor de apostolado se podría convencer a algunos mandos de tener un analista en su Estado Mayor, además de sus clásicas secciones. Es preciso convencernos de que el no utilizar la investigación operativa o perder el autobús de las computadoras puede ser grave.

Cualidades morales todas, pero medios materiales también todos, para conseguir los objetivos de fuerza que nos haya marcado la nación. Huyamos de la tentación de que

con el valor de nuestros soldados y cantando «La Marsellesa» se puede ganar la victoria.

El punto de vista político

Si se considera que la «mentalidad militar» equilibrada es un factor de paz, estabilidad y hasta de ejemplo cuando incide moderadamente en la sociedad, puede degradarse si se convierte en un militarismo que quiere imponerse a la sociedad. Los que propugnan este último siempre encontrarán motivos de la más diversa índole para justificar sus intenciones.

Las Fuerzas Armadas, por su parte, tienen que evitar el abandonarse a las delicias de Capua, que en nuestros tiempos se nos pueden presentar bajo la forma de una paz que se viene disfrutando durante décadas.

El militar tiene que pensar continuamente en la tremenda responsabilidad que está contrayendo en ese periodo de paz, ya que su existencia no se concibe más que por el peligro de que un día pueda estallar la guerra. Y ese día todo el pueblo, toda la nación, va a volver sus ojos hacia sus ejércitos, y éstos no le pueden fallar.

Si mantenemos aquella preocupación constantemente delante de nuestros ojos, toda nuestra entrega, toda nuestra preparación, toda nuestra capacidad operativa serán pocas para ganar el envite.

El resultado podrá ser la victoria o la derrota, pero si nuestra conciencia está tranquila tendremos y conservaremos en todo caso el afecto, el respeto y la comprensión de nuestro pueblo.

Ante tan tremenda y apasionante misión, ¿Podremos admitir el pensar en otros problemas, por muy importantes que también sean para la nación? ¿No deberán ser otros los que resuelvan los problemas políticos, económicos o sociales, pero siempre internos? ¿No debemos los militares estar siempre mirando hacia fuera de nuestras fronteras tratando de vislumbrar las amenazas exteriores? ¿No puede ser un estorbo nuestro excesivo militarismo si descuidamos nuestra misión fundamental para ocuparnos de esos problemas para los que incluso no tenemos el debido conocimiento?

Y, por último, un militarismo excesivo, ¿no puede predecir un pretexto más o menos justificado para que se produzca una reacción antimilitarista con el grave peligro que ello supondría para la vida de la nación?

Huyamos de la soberbia, que dicen fue lo que perdió a Luzbel.

No podemos ser exclusivistas ni acaparadores del patriotismo, ni de la honestidad, ni del valor, ni del honor, ni del sacrificio, ni de otras cualidades o virtudes.

Admitamos que otros también las poseen y, eso sí, tratemos de cumplir a rajatabla el código moral que las agrupa y que rige nuestro colectivo militar. Ello nos permitirá obtener la fuerza moral resultante para cumplir nuestro deber en la paz, de conformidad con lo que disponen las leyes de nuestra nación, y si llega la hora de la verdad —el conflicto armado—, cumplir nuestro juramento de llegar a perder la vida en defensa de nuestra Patria.